

levantamos nuestras esperanza, fijamos nuestra confianza, apretamos asimismo nuestra disciplina inculcando los preceptos. En tales asambleas se tienen también las exhortaciones, los castigos, las reprensiones en nombre de Dios.

Porque entre nosotros se juzga con gran peso, ciertos como estamos de la presencia de Dios, siendo un terrible precedente para el futuro Juicio si alguien de nosotros hubiere delinquido de tal modo que se aleje de la comunión en la oración de las juntas y de todo santo comercio ¹²⁷.

Presiden bien probados ancianos, que han alcanzado tal honor no con dinero, sino por el testimonio de su santa vida, porque ninguna cosa de Dios cuesta dinero. Y aunque exista entre nosotros una caja común no se forma con una “suma honoraria” puesta por los elegidos, como si la religión fuese sacada a subasta. Cada cual cotiza una módica cuota en día fijo del mes, cuando quiere y si quiere y si puede, porque a nadie se le obliga: espontáneamente contribuye. Estos son como los fondos de piedad. Porque de ellos no se saca para banquetes, ni libaciones, ni estériles comilonas, sino para alimentar y sepultar menesterosos, y niños y doncellas huérfanos, y a los criados ya viejos, como también a los náufragos, y si hay quienes estuvieran en minas, en islas, en prisiones únicamente por la causa de nuestro Dios, son también alimentados por la religión que profesan ¹²⁸.

Y esta práctica de la caridad es más que nada lo que a los ojos de muchos nos imprime un sello peculiar. “VED –dicen– CÓMO SE AMAN ENTRE SÍ” ¹²⁹. *Vide ut invicem se diligant!*, ya que ellos mutuamente se odian. “Y cómo están dispuestos a morir unos por otros”, cuando ellos están más bien preparados a matarse los unos a los otros.

Y eso de que nos tengamos por “hermanos” no lo censuran, a lo que pienso, sino por cuanto entre ellos todo nombre de parentesco lo dan únicamente por afecto fingido. Pero es que somos también vues-

127. Es la tan temida y tan temible excomunión, que desgaja del Cuerpo místico y, por tanto, de la vida divina.

128. He aquí el gran móvil de la beneficencia, la que desde un principio, como retoño natural, brotó del árbol cristiano. La caridad es filantropía y, más que filantropía, es amor a Dios en su criatura, que es nuestro prójimo, nuestro hermano, nuestro conmiembro si está bautizado.

129. Vergüenza da que puedan decir otro tanto hoy día nuestros enemigos cuando ven que no nos amamos.

tros hermanos por derecho de naturaleza, nuestra madre común, aunque vosotros sois poco hombres a fuer de malos hermanos. Y en cambio, ¡cuánto más dignamente se dicen y son hermanos los que reconocen en Dios al Padre común, los que beben un solo Espíritu de santidad, los que, nacidos de un mismo seno de ignorancia, han visto con asombro la misma luz de la Verdad!

Mas puede suceder que se nos mire como a hermanos menos legítimos por no haber tragedia alguna que declame acerca de nuestra fraternidad o bien porque usamos como hermanos de nuestros bienes familiares, los que entre vosotros rompen la fraternidad. Por donde los que convivimos compenetrados en espíritu y en alma, *animo animaque miscemur*, no dudamos en comunicar con otros nuestras cosas. TODO ENTRE NOSOTROS ES COMÚN, MENOS LAS MUJERES: *Omnia indiscreta apud nos, prater uxores* ¹³⁰. En este punto rompemos el consorcio, en el único en que los demás hombres practican el consorcio, pues no sólo usurpan las mujeres de sus amigos, sino que pacientísimamente suministran la propia a sus amigos, siguiendo en esto, creo, la doctrina de los mayores y de los más grandes sabios: del griego Sócrates y del romano Catón, quienes entregaron sus mujeres a sus amigos ¹³¹, aun cuando las desposaron, sin duda, para que les diesen hijos, aunque fuesen de otros, no sé si contra la voluntad de ellas. Porque, ¿cómo se habrían de preocupar ellas de la castidad que los maridos tan baratamente habían dado? ¡Oh, qué ejemplo el de la sabiduría ática! ¡Oh, qué ejemplo de gravedad romana! ¡Un filósofo y un censor alcahuetes!

¿Qué extraño es si caridad tan grande celebra convites! Porque a nuestras frugales cenas no sólo las tildáis de infames, sino también de sibaríticas. De nosotros, sin duda, dijo Diógenes: “Los megarenses tragan cual si mañana hubiesen de morir y construyen cual si jamás hubiesen de morir.”

Pero suele verse más fácilmente una paja en ojo ajeno que una viga en ojo propio. Acidúlase el aire por las vomitonas de tantas tribus, curias y decurias. Cuando los salios se disponen a cenar nece-

130. Aprendan comunistas y comunistoides.

131. He ahí dos bellas muestras de dos santones representativos de la llamada *moral laica*, que tan poco tiene de moral. Pero Tertuliano confunde a Catón el Censor, o el Antiguo, con Catón de Utica, el que se suicidó perdida la batalla de Farsalia y de Tapso, con las cuales César señoreó a la República.

sitan un crédito abierto: eran precisos tabularios para calcular los gastos ocasionados por los diezmos de Hércules y de los Poluctos *en sus sagrados banquetes*.

En los misterios apaturios, dionisiacos y ático ¹³² hácese toda una leva de cocineros; ante el vaho de la cena de Serapis se alarmarían los bomberos. ¡Sólo la comida de los cristianos merece comentarios!

Nuestra cena muestra su razón de ser en el nombre mismo: llámase lo que entre los griegos equivale a dilección (ágape). Cualesquiera que fuesen los gastos, provechoso es gastar a título de piedad. Y, en efecto, con ese refrigerio ayudamos a no pocos menesterosos, no que les tratemos como a parásitos ¹³³ nuestros que aspiran a la gloria de subyugar su libertad a trueque de llenar el vientre en medio de las vilezas, sino porque ANTE DIOS LOS POBRES GOZAN DE MAYOR CONSIDERACIÓN.

Si honesto es el motivo de nuestros convites, juzgad según él de la disciplina que lo regula. Siendo como es un servicio religioso, no admite ni vileza ni excesos. No se recuesta a la mesa sin antes haber gustado la oración a Dios. SE COME PARA CALMAR EL HAMBRE, SE BEBE CUANTO ES ÚTIL A CASTOS: *bibitur quantum pudicis est utile* ¹³⁴. Se hartan como puede hartarse quien recuerda que AUN DE NOCHE TIENE QUE ADORAR A DIOS; *se conversa* COMO QUIENES SABEN QUE EL SEÑOR LES OYE.

Después de haberse lavado las manos y de encender las luces, unos y otros son invitados a levantarse para cantar en honor de Dios un cántico, sacado o bien de las Escrituras santas o también del propio ingenio ¹³⁵, según los posibles de cada cual; POR AHÍ SE PRUEBA CÓMO BEBIÓ. Igualmente la oración termina el convite.

Luego se sale no como en patrullas de asesinos, ni como tropa de libertinos, ni para desbocarse en lascivias, sino con la misma preocupación de modestia y de pudor, como quien más bien recibió una lección que se regaló con una cena.

132. Las fiestas apaturias se celebraban en Atenas, como también las dionisiacas a Baco o Dionisos. Los misterios áticos son los de Eleusis, al noroeste de Atenas. Las cenas de Serapis u Osiris, en Egipto.

133. Parásito llamaban a cierto personaje de la nueva comedia, frecuente en Plauto y en Terencio.

134. He aquí la norma de la comida y bebida del cristiano, que puede regalarse con hacimiento de gracias a Dios, aunque siempre con moderación.

Sí, con mucha razón se declara ilícita a esta “asamblea” de los cristianos si en algo se semeja a los conventículos prohibidos; justamente se la condena si es dado quejarse por el motivo que hay en quejarse de las “facciones”. Pero, ¿cuándo nos hemos nosotros reunido en perjuicio de nadie? LO MISMO SOMOS JUNTOS QUE DISPERSOS, LO MISMO TODOS QUE UNO POR UNO; a nadie perjudicamos, a nadie contristamos. Cuando los probos y buenos se reúnen, cuando los píos y castos se congregan, eso no se llama “facción”, sino “curia”.

6. Los cristianos no son la causa de las calamidades públicas.

(Cap. XL.) Antes bien, ese nombre de “facción” ha de aplicarse a los que conspiran en odio a los buenos, a los que vociferan contra la sangre de los inocentes, bien que aleguen en defensa de su odio, entre otros vanos embustes, que estiman ser los cristianos causa de todo público desastre, de todas las desgracias sociales.

Si el Tíber desborda sus diques, si el Nilo no puja hasta los sembrados, si el cielo queda inmóvil, si la tierra tiembla, si el hambre y la peste sobrevienen, al punto gritáis: “CHRISTIANOS AD LEONEM!”: ¡Los cristianos, al león! ¿Tantos a uno?

Pues yo os pregunto: Antes de Tiberio, o sea, antes del advenimiento de Cristo, ¿cuántas calamidades no recayeron sobre el orbe y la urbe? (Roma). Leemos que *las islas* de Hiera¹³⁶ y de Anafe y de Delos, y de Rodas, y de Cos (Espórada asiática) se hundieron con millares de hombres. Recuerda también Platón que una tierra más vasta que el Asia o que el Africa quedó arrancada al continente por el Atlántico¹³⁷. Un terremoto sorbió también el agua del golfo de Corinto y la violencia de las olas cortó de Italia la Lucania, dejándola desgajada con el nombre de Sicilia. Ello, naturalmente, no pudo suceder sin quebranto para los habitantes.

135. A esta clase de cánticos *idioticos* o de inspiración privada pertenecen algunos conservados todavía en las liturgias, siendo el más antiguo e importante el “Gloria in excelsis Deo”, llamado por los griegos *doxología mayor*, mayor que el sencillo “Gloria Patri”...

136. En las Lipari, al noroeste de Sicilia. Anafe, una de las Espóradas Delos, una de las Cícladas.

137. Es la fabulosa Atlántida o Atlantis, situada allende las columnas de Hércules o del estrecho de Gibraltar, en el Océano Atlántico. (Platón en el “Timeo”).

Pero, ¿dónde estaban entonces, no diré los cristianos, desprecia-
dores de vuestros dioses, sino vuestros mismos dioses, cuando un
cataclismo ¹³⁸ suprimió todo el orbe o, como Platón pensó, cuando
solamente anegó las llanuras? Porque atestan a una ser posteriores al
desastre del diluvio las ciudades mismas en las que nacieron y murie-
ron ¹³⁹ y que ellos fundaron, y ni ellas subsistieran aún hoy día si no
fuesen por su parte posteriores a aquel estrago.

Aún no había acogido la Palestina al enjambre judío que de Egipto
venía, ni al pueblo de que procede la secta cristiana, no habiéndose
todavía establecido en aquel país cuando una lluvia de fuego consu-
mió las regiones circunvecinas suyas, Sodoma y Gomorra. A quema
huele aún aquella tierra, y si allí alguno que otro árbol se empeña en
presentar frutas ante los ojos, al punto de tocarlos se esfuman cual
pavesas.

Tampoco la Etruria y la Campania se querellaban todavía contra
los cristianos cuando la ciudad de los volsinios (Orvieto) fue arrasada
por el fuego del cielo y Pompeya ¹⁴⁰ por el de su propia montaña (el
Vesubio). Nadie aún adoraba en Roma al Dios verdadero cuando
Aníbal, ganada la batalla de Cannas ¹⁴¹, recogía en un celemín los
anillos romanos y con ellos sus degüellos en masa. Todos vuestros
dioses eran de todos adorados cuando los senones (o galos) ocuparon
el Capitolio mismo.

Y ¡qué bien! Cuando algo de adverso sobrevino a las ciudades, los
mismos estragos afectaron a templos que a murallas, lo cual me con-
vence más y más de que las desgracias no vienen de los dioses,
cuando ellos son sus primeras víctimas.

SIEMPRE LA HUMANIDAD MERECIÓ MAL DE DIOS. Por lo pronto ha
sido infiel a sus deberes para con El, pues cuando en parte lo com-
prendía no sólo no le buscó, mas aun inventó otros dioses a quienes
adorar. Luego, al no buscar al Maestro de la inocencia y juez del
crimen, sumióse en todos los vicios y desmanes. Que si le hubiese
buscado para conocerle, hubiera reconocido al que buscaba; al reco-

138. Según Platón, el gran cataclismo habría sumido en las aguas al mundo entero.

139. Y así, Júpiter en Creta nació y murió: allí se visitaba su sepulcro; Apolo y Diana
nacieron en Delos, etc.

140. Pompeya y Herculano quedaron sepultadas por la lava del Vesubio en el año 79
después de Jesucristo, nueve años después de la destrucción de Jerusalén por Tito.

141. Cannas, ciudad de Apulia, en Italia, célebre por la victoria de Aníbal en 216
antes de Jesucristo.

nocerle hubiérale adorado; al adorarle hubiérale hallado más bien propicio que airado.

Luego preciso es decirse que el mismo que ahora vemos airado es el que fue irritado siempre en el pasado, antes de existir el nombre de cristianos. Gozaban los hombres de los bienes de que Dios les colmaba antes de que fabricasen para sí los dioses. Pues ¿por qué no entiende que las calamidades provienen también de El, ya que no comprendió que de El dimanen los beneficios? Es culpable contra El a fuer de ingrata para con El.

Mas si comparamos la catástrofe de antaño con las de hogaño, menores son desde que el mundo recibió a los cristianos ¹⁴². Porque desde entonces la virtud ha templado las iniquidades del siglo y empezaron a existir intercesores ante Dios.

Finalmente, cuando el estío suspende las lluvias invernales y peligra la cosecha del año, vosotros, sin cesar de cebaros a diario y dispuestos siempre a comer mientras funcionan baños, tabernas y lupanares, decretáis sacrificios a Júpiter, a fin de alcanzar lluvia; prescribís al pueblo “nudipedales” ¹⁴³; buscáis al cielo en el Capitolio y aguardáis la lluvia de los techos de vuestros templos, ¡de espaldas al mismo Dios y al cielo!

Nosotros, en cambio, extenuados por los ayunos, exprimidos por todo género de continencia, desprendidos de todos los goces de la vida, revolcándonos en el cilicio y la ceniza, golpeamos al cielo con nuestros vehementes deseos, *invidia cælum tundimus* ¹⁴⁴, tocamos a Dios, y cuando le hemos arrancado misericordia ¡os ponéis vosotros a honrar a Júpiter, descuidando a Dios!

142. Interesante observación. Realmente los cristianos son los pararrayos del mundo pecador. Son en el mundo —escribía ya Diogneto en su celebrada Epístola— lo que el alma es en el cuerpo: el principio que la informa y vivifica.

143. Los *aquilicia* o *aquaelicia* eran unas fiestas en honor de Júpiter para implorar la lluvia. Pontífices, matronas, nobleza y pueblo iban en procesión a su templo con los pies descalzos, de donde el nombre de *nudipedales*.

144. *Invidia* aquí y en otros lugares de Tertuliano significa vehemente deseo, como cuando en francés se dice todavía *avoir envie de...* *Cælum tundere* es también una de esas fuertes expresiones tertulianistas.

Son más bien los paganos quienes provocan las calamidades públicas, desprestigiando a Dios. Y ¿por qué tales calamidades afectan tanto a cristianos como a paganos?

(*Cap. XLI.*) Sois, pues, vosotros los que resultáis gravosos al mundo, vosotros los que atraéis las públicas calamidades, ya que entre vosotros Dios es despreciado y las estatuas adoradas. Porque como cierto debe creerse que se irritan los abandonados más bien que los honrados. O bien son injustísimos vuestros dioses si por razón de los cristianos castigan también a sus adoradores, cuando no debieran confundirlos con los cristianos culpables.

Pero decís: “Esto mismo rebota contra vuestro propio Dios, el cual permite también que sus adoradores sufran por causa de los impíos.”

Mas reconoced primero sus miras y no retorceréis mi argumento. Porque Aquél que fijó una vez para siempre el eterno Juicio para el fin del mundo no precipita el examen, que es condición del juicio, antes del fin del mundo. Entretanto muéstrase igual para con todo género de hombres, ya en sus favores, ya en sus rigores: quiso que los bienes fuesen comunes también a los impíos, como los males comunes a los suyos, a fin de probarlos a todos con un parecido tratamiento, cuándo de lenidad, cuándo de severidad.

Y como esto lo hemos aprendido de El mismo, amamos su lenidad, tememos su severidad: vosotros despreciáis entrambas, de donde resulta que para nosotros todas las plagas de este mundo, si llegan a afectarnos, sírvennos de aviso, mientras que para vosotros son castigos venidos de Dios.

Por lo demás, SOMOS INVULNERABLES: lo primero, por cuanto NADA NOS IMPORTA EN ESTE MUNDO COMO NO SEA EL SALIR PRONTO DEL MISMO ¹⁴⁵; luego, porque si algo de adverso nos aflige debe atribuirse a vuestros méritos. Mas si algún chispazo nos alcanza por estar junto a vosotros nos alegramos más viendo cumplidas las divinas profecías, que confirman nuestra confianza y la fe de nuestra esperanza.

145. Efectivamente, las convicciones cristianas dan un tino y una seguridad que se acerca a la invulnerabilidad, por lo que Santa Teresa escribía: “Nada te turbe, nada te espante; sólo Dios basta.” La desgracia no es desgracia, pudiendo reportar de ella preciosa ganancia; la muerte misma no es muerte, sino comienzo de verdadera vida y de cumplido descanso; el enemigo no es enemigo y aun el verdugo es un bienhechor: algunos mártires le besaron y dieron gracias.

Mas si por nuestra causa os vienen todos los males de aquellos a quienes adoráis, ¿por qué seguís adorando a los que os son tan ingratos, tan injustos, cuando debieran ayudaros y protegeros para dolor de los cristianos?

7. Los cristianos no son miembros inútiles de la sociedad.

a) Como todo ciudadano, se ocupan de sus negocios, que nunca contrarian a la religión ni a la sana moral.

(*Cap. XLII.*) Y todavía se nos demanda por otra cosa injusta: se dice que somos incapaces para los negocios.

¿Cómo pudiéramos serlo nosotros, que convivimos entre vosotros, que tenemos la misma comida, el mismo vestido, que estamos sometidos a las mismas necesidades de la vida? Porque no somos ni brahmanes ni gimnosofistas ¹⁴⁶ de la India, habitantes de las selvas ni desterrados de la sociedad.

Nos acordamos de que debemos gratitud a Dios Señor Creador; no repudiamos ninguno de sus frutos, aunque sí usamos de ellos con templanza para no abusar por el exceso. Por lo cual vivimos con vosotros en este mundo, frecuentando vuestro foro, vuestro mercado, vuestros baños, vuestros comercios, vuestras oficinas, vuestras hospederías, vuestras ferias y demás lugares en donde se ventilan los negocios.

Con vosotros también navegamos, y servimos en la milicia, y trabajamos el suelo, y ejercemos el comercio, cambiando, por tanto, con vosotros el producto de nuestra industria y de nuestro trabajo. ¿Cómo podemos parecer inútiles para vuestros negocios, pues que con vosotros y de vosotros vivimos? No lo entiendo.

Mas si no frecuento tus ceremonias no por eso dejo en ese día de ser hombre. No me baño al amanecer durante las saturnales ¹⁴⁷ por no perder el día y la noche, pero me baño a hora conveniente y saludable que me conserve el calor y la salud; una vez muerto, puedo también quedarme rígido y pálido tras del baño.

146. De los brahmanes trataba ya Estrabón. Son los mismos que esos sabios o filósofos o gimnosofistas de la India.

147. Eran las saturnales una nefanda carnavalada que comenzaba el 17 de diciembre; se daba a la plebe y a los mismos esclavos amplia libertad, y en carnaval todo pasa...

No me pongo a comer en la calle en las fiestas de Líber, según acostumbran los bestiaros al tomar su suprema cena; pero allí donde ceno, los mismos platos que tú ceno. No compro para mi cabeza una corona, mas sí compro flores. ¿A ti qué te importa en qué las empleo? Estoy conforme en que es más agradable dejarlas libres y sueltas y flotantes por doquier. Y cuando nos servimos de flores tejidas en corona, con la nariz respiramos la fragancia de la corona; allá se las hayan los que perciben los olores por el cabello.

No venimos con vosotros a los espectáculos; pero si me viene en gana comprar algo de lo que en tales reuniones se vende lo adquiriré con preferencia en los lugares donde se vende.

Cierto que no compramos incienso; si los árabes se quejan, sepan los sabeos que se compran sus mercancías en mayor cantidad y precio para la sepultura de los cristianos que para fumigar a los dioses ¹⁴⁸.

Es evidente, decís, que los ingresos de los templos decrecen a diario: ¡contados son ya los que echan monedas en ellos! Pero nosotros no bastamos a socorrer a los hombres y a vuestros dioses mendigos, y creemos no se ha de dar limosna sino a quienes la piden. Pues bien: tienda Júpiter la mano y recibirá, pues nuestra misericordia gasta más en las calles, *vicatim*, que vuestra piedad en los templos, *templatim*.

Y en cuanto a los demás impuestos, gracias han de dar a los cristianos, que pagamos lo debido hasta el punto de abstenernos de tomar el bien ajeno ¹⁴⁹; que si fuera a computarse cuánto se pierde para el erario público por los fraudes y mentiras de vuestras declaraciones fiscales, fácilmente se nivelarían las cuentas, pues la única pérdida de que decís tener motivo de quejaros veríase bien compensada por la ganancia habida por otros conceptos.

148. Se ve que los cristianos seguían la tradición oriental de fajar a los muertos o al menos de envolverlos entre mirra, incienso y otras resinas o aromas contra la putrefacción.

149. Por algo había insistido San Pablo en que el ciudadano cristiano satisfaga puntualmente los impuestos fiscales como deber de justicia social. Nadie tan patriota como él, porque ve en la patria una prolongación de sus padres y en sus padres a Dios. Por donde más tarde San Agustín insistirá con todo aplomo y sin temor a ser desmentido, que los mejores ciudadanos en todo sentido son siempre cristianos.

b) No son inútiles los cristianos sino para quienes trafican con el crimen y la infamia.

(*Cap. XLIII.*) Confesaré, sin embargo, que hay quizá quienes verdaderamente pueden quejarse de la inutilidad de los cristianos.

Estos son, en primer término, los que sostienen los lupanares, los sobornadores, los acuariolos ¹⁵⁰; luego los sicarios, los envenenadores, los magos, como también los harúspices, los que echan la buenaventura, los astrólogos ¹⁵¹. Gran ganancia es no dar la más mínima ganancia a tales gentes.

Y sin embargo, cualquiera que fuere el perjuicio que nuestra “secta” pueda inferir a vuestros negocios, cabe ser compensado también con alguna ventaja. ¿Qué caso hacéis, no digo ya de los que arrojan los demonios de vuestros cuerpos, ni de los que por vosotros, como por sí mismos, ofrecen sus plegarias al verdadero Dios, pero de los que vosotros no podéis temer nada?

c) No deben los cristianos ser tan malos, pues no los hay en las cárceles.

(*Cap. XLIV.*) Pero lo que sí resulta detrimento para la república, detrimento tan grande como real, y nadie lo considera; lo que sí es un perjuicio para la sociedad, y nadie lo calcula, es el que tantos justos seamos sacrificados, el que a tantos inocentes se nos quite la vida.

En efecto, tomamos por testigos a vuestros registros; a vosotros, que diariamente presidís al juicio de tantos encarcelados; a vosotros, que con vuestras sentencias falláis los procesos. De tantos como ante vosotros desfilan acusados como culpables por mil causas, ¿quién de ellos, siendo también cristiano, está inscrito como asesino, como rate-ro de bolsillos, como sacrílego, o corruptor, o ladrón de bañistas? ¹⁵². O bien entre los que se os presenta porque son cristianos, ¿quién de ellos semeja a esos criminales? De los vuestros están siempre ardiendo las cárceles; de los vuestros son siempre los que gimen en las minas; de los vuestros son siempre los que engordan a las fieras; de los vuestros son siempre los que los organizadores de espectáculos

150. Llamaban acuariolos a los sórdidos seguidores de las mujeres corrompidas y que les preparaban el baño.

151. Matemáticos o también caldeos eran los astrólogos, que decían adivinar por la marcha de los astros.

152. Había en las termas lugares para depositar las ropas de los que se bañaban.

reclutan los rebaños de criminales, a los que apacientan. Ningún cristiano hay allí, a menos que no sea sino cristiano, o bien si fuere culpable de otro crimen no es ya cristiano.

d) Los cristianos son los únicos que se abstienen del mal. ¿Por qué?

(*Cap. XLV.*) LUEGO, NOSOTROS SOLOS SOMOS LOS INOCENTES. ¿De qué maravillarse, si es una necesidad? Porque verdaderamente es una necesidad ¹⁵³.

Habiendo aprendido de Dios la inocencia ¹⁵⁴ y conociéndola perfectamente, revelada como ha sido por un perfecto Maestro, fielmente la guardamos también, como mandada por un Juez al que nadie puede burlar.

A vosotros, en cambio, os ha sido impuesta la inocencia por un poder humano, por lo cual vuestra disciplina no es ni completa ni capaz de inspirar tanto temor en lo concerniente a la inocencia verdadera. ¿Hasta dónde alcanza la prudencia del hombre para demostrar lo que verdaderamente es bueno? ¿Hasta dónde su autoridad para exigirlo? Tan fácil es de ser engañada aquélla como despreciada ésta.

Y por otra parte, ¿qué mandamiento es más completo: decir “No matarás” o bien “No te irrites siquiera”? ¿Qué es más perfecto: prohibir el adulterio o retraer aun de la concupiscencia solitaria de los ojos? ¿Qué es más prudente: prohibir las malas acciones o también la palabra mala? ¿Qué es más instructivo: no permitir la injusticia o no autorizar ni siquiera la represalia?

Y tened por bien sabido que esas mismas leyes vuestras, que parecen llevaros a la virtud, están tomadas de la Ley divina, habiéndoles ella, como anterior, servido de arquetipo. Hablamos ya de la antigüedad de Moisés (*cap. 19*).

Pero, ¿qué frágil es la autoridad de las leyes humanas cuando el hombre logra con frecuencia burlarlas, cometiendo delitos a la sombra y aun a veces a burlarla, al verse arrastrado al mal por la pasión o por la necesidad, y si se piensa también en la brevedad de cualquier suplicio, pues, por largo que sea, no ha de permanecer más allá de la muerte. Así, Epicuro desprecia todo tormento y dolor, declarando que

153. Afirmación profundamente verdadera y no desmentida por la historia.

154. *Inocencia* se toma en sentido propio y etimológico: no ser nocivo, no dañar a nadie.

el dolor, si es moderado, es fácil de aguantar y si es grande no es duradero.

Ciertamente nosotros, que somos juzgados por un Dios que todo lo ve y que sabemos de antemano que la pena por él impuesta es eterna, somos naturalmente los únicos que marchamos por la vía de la inocencia, y por la plenitud de la divina sabiduría, y por la dificultad de esconderse, y por la magnitud del tormento, no tan largo como sempiterno; tememos a Aquél a quien debiera temer el hombre mismo que juzga a los que temen, temiendo a Dios, no al procónsul ¹⁵⁵.

155. El procónsul era un gobernador de provincia.

III. LAS CREENCIAS DE LOS CRISTIANOS

(Capítulos 46-50)

A. TRANSICION.—Después de exponer y defender el “totum statum nostrum”, procede a demostrar la “veritas nostra”.

1. El cristiano no es una de tantas filosofías; es algo divino. Paralelo moral y respuesta a una objeción.

(Cap. XLVI.) Creo haberme enfrentado contra todos los alegatos de crímenes que reclaman la sangre de los cristianos. Hemos mostrado en qué consiste todo nuestro vivir y por qué modos podemos probar ser así, conforme queda probado, apoyándonos en la autoridad y antigüedad de las Divinas Letras (caps. 19-21) y aun de las potestades espirituales (caps. 22-23).

¿Quién, pues, se atreverá a refutarnos no ya con artificios retóricos, sino con argumentos basados como los nuestros en verdad?

Pero si la verdad de nuestra religión es a todos palmaria, la incredulidad, aunque convencida de lo bueno que hay en esta “secta”, bien conocida por la experiencia y el trato, no por eso la tiene como algo divino, sino como una especie de filosofía. Dice: “Eso mismo aconsejan y profesan ya los filósofos: inocencia, justicia, paciencia, sobriedad, castidad.”

Luego, ¿por qué, si se nos compara a los filósofos en cuanto a la doctrina¹⁵⁶, no se nos iguala en cuanto a la libertad e impunidad de la doctrina? O ¿por qué a los filósofos, siendo a nosotros semejantes, no se les obliga a desempeñar menesteres cuyo incumplimiento es para nosotros tan peligroso?

156. Celso había escrito que el cristianismo es una mera filosofía ética; pero el cristianismo es más que moral: es *negotium divinum*, dice Tertuliano; es la verdad absoluta, que de Dios dimana; es *ethos*, pero es primero *Logos*; es una religión totalitaria, o sea, que alcanza al vivir entero, al mundano y al del trasmundo.

Porque, ¿quién obliga a un filósofo a sacrificar, o a jurar, o a poner a mediodía lámparas inútiles? Muy por el contrario, ellos llegan a destruir a vuestros dioses y atacan a vuestras supersticiones en sus escritos, ¡y vosotros los alabáis! Los más ladran contra los príncipes, ¡y los aguantáis vosotros y les premiáis con estatuas y subvenciones en vez de condenarlos a las fieras!

¡Pero es muy natural, pues llevan el nombre de “filósofo”, no de “cristiano”!

Aunque el nombre de filósofo no lanza demonios. ¿Qué digo, si los filósofos colocan a los demonios en segundo lugar después de los dioses? Dicho de Sócrates es: “Si mi demonio lo permite.” Aun cuando llegó a comprender algo de la verdad, al negar a los dioses, estando para morir, mandó sacrificar un gallo a Esculapio, quizás en honor de su padre Apolo, pues éste había declarado a Sócrates ¹⁵⁷ el más sabio de todos.

¡Oh atolondrado Apolo! ¡Ha testificado la sabiduría de un hombre que negaba la existencia de los dioses! En cuanto la verdad irrita al odio, en tanto el que sinceramente la profesa se hace detestar; mas el que la mixtifica y la finge se ha granjeado el título máximo al favor de los perseguidores de la verdad, la verdad que los filósofos farsantes y burlones simulan con su mueca y corrompen con su disimulo, atentos sólo a captarse gloria, buscándola necesariamente los cristianos y profesándola en su integridad como quienes cuidan de su salvación.

Por tanto, ni por la ciencia ni por la disciplina nos igualamos a ellos, como vosotros pensáis. Porque Tales, aquel príncipe de los físicos, ¿qué de fijo respondió a Creso al preguntarle éste por la divinidad? Más de una vez eludió el reunirse para deliberar.

Pues cualquier artesano cristiano conoce a Dios y le muestra a otros y, por ende, afirma con su vivir todo cuanto los filósofos indagan acerca de Dios, aunque Platón afirme no es fácil conocer al Arquitecto del universo y darle a conocer a otros después de conocido por uno mismo.

157. Véase cómo hombres tan sesudos como Sócrates incurrieron en tamañas ridiculeces y en supersticiones comprensibles sólo en la ignorante plebe. Por algo dijo San Pablo que aun a estos filósofos que, conociendo a Dios, no le honraron cual se merece, los entregó a su réprobo sentido.

Por lo demás, si se nos ataca respecto a la castidad, os leo algo de la sentencia de los atenienses contra Sócrates, pues le condena como a "corruptor de menores". Pero un cristiano ni siquiera cambia de mujer. Conozco también a la prostituta Friné ¹⁵⁸, que peca con Diógenes, el cual satisface en ella su pasión. Oigo que un tal Seusipo, de la escuela platónica, fue muerto en flagrante delito de adulterio. UN CRISTIANO NO NACE VARÓN SINO PARA SU MUJER: *christianus uxori suae soli masculus nascitur*.

Demócrito, al vaciarse sus propios ojos por no poder mirar a mujeres sin concupiscencia, sufriendo por no podérselas apropiar, declara su incontinenencia por la pena a sí mismo impuesta. UN CRISTIANO, AUN CONSERVANDO SUS OJOS, NO VE A MUJERES: CIEGO DE ALMA ESTÁ CONTRA LA LIBÍDINE.

Si defiendo nuestra probidad, he ahí a Diógenes, que con soberbia pisa, con los pies enlodados, los soberbios tapices de Platón. UN CRISTIANO NO ES ARROGANTE NI CON EL POBRE: *christianus nec in pauperem superbit*.

Si sobre la moderación disputo, ahí tenéis a Pitágoras, quien aspira a la tiranía entre los turios, y a Zenón, entre los prienios. Pero un cristiano no apetece ni siquiera ser concejal.

Si discuto acerca de la ecuanimidad, Licurgo quiso morir ¹⁵⁹, *apocartéresin optavit*, por haber los laconenses cambiado sus leyes. UN CRISTIANO DA GRACIAS AUN CUANDO LE CONDENAN: *Christianus etiam damnatus, gratias agit* ¹⁶⁰.

Si comparo la fidelidad, Anaxágoras ¹⁶¹ negó un depósito que sus huéspedes le hicieron. Un cristiano es fiel aun con quienes no son cristianos.

158. Era célebre Friné, prostituta de Téspies en Beocia, como también Lais de Corinto.

159. La hazaña del famoso alcalde Cork y la repetida del mahatma Ghandi no son nuevas, según se ve.

160. Efectivamente, en las Actas de los mártires se oye el grito "Deo gratias" cuando éstos oían su propia sentencia de muerte, siendo las más notables las de los santos escilitanos de Africa.

161. Fue el primero en implantar en Atenas la filosofía. Nació en Lidia hacia el año 500 antes de Jesucristo. Fue maestro de Pericles, pero hubo de huir de Atenas por su ateísmo (asézeia). No se sabe de dónde proviene este cargo de hurto que le hace Tertuliano.

Si mi controversia gira sobre la lealtad, Aristóteles lanzó vergonzosamente de su sitial a su amigo Hermias. Un cristiano NI A SU ENEMIGO OFENDE: *christianus nec inimicum suum lædit*. El propio Aristóteles adula vergonzosamente a Alejandro en vez de dirigirle, y no menos torpemente defiende Dionisio a Platón, dado a la glotonería.

Aristipo ¹⁶², vestido de púrpura, bajo máscara de gravedad, lleva una vida disoluta, e Hipias es asesinado mientras urde conjuraciones contra su patria. Esto no lo intentó nunca jamás un cristiano en venganza de sus hermanos, diezmados por todo linaje de atrocidades.

Mas alguien dirá: "Aun entre los nuestros hay quien se excede de la regla de disciplina."

Sí; pero dejan entre nosotros de ser tenidos como cristianos, cuando entre vosotros esos filósofos, tras de tales acciones, siguen gozando de nombradía y consideración de sabios.

Por tanto, ¿qué de parecido tienen un filósofo y un cristiano, el discípulo de Grecia y el del cielo, el que labora por la fama ¹⁶³ y el que trabaja por su salvación, el que teje bellos discursos y el que obra buenas acciones, el que edifica y el que destruye, el que todo lo interpola de errores y el que todo lo llena de verdad, el que hurta ésta o el que la guarda con santo celo?

2. Las verdades conocidas de los filósofos y de los poetas dimanan de la divina Escritura, aunque desfiguradas.

(*Cap. XLVII.*) Y todavía abona a favor mío la antigüedad de las Divinas Letras que antes dejé asentada, con lo cual más fácilmente admitiréis ser un tesoro del que ha tomado toda la sabiduría a ella posterior. Y si no fuera por aligerar el peso de este volumen haría también una excursión en probanza de esto.

162. Aristipo, africano de Cirene, fundó la escuela hedónica, que funda toda la filosofía en el placer, y así era su vida, como de la piara de Epicuro.

163. *Gloriae animal*, animal de gloria, define Tertuliano al filósofo, lo que repetirá después San Jerónimo con fruición. Por eso también San Justino llamaba al filósofo Crescencio *pilopsofos kai filokompos* = amigo del ruido y de la ostentación, y también decía de él *ou filósofos alla filódoxos* = no amante de la sabiduría, sino amante de la gloria.

¿Qué poeta, qué sofista ¹⁶⁴ no ha bebido en la fuente de los profetas? En ellas, sí, desalteraron los filósofos la sed de su ingenio, y precisamente lo que de los nuestros tienen es lo que a nosotros les asemeja. Por donde llego a creer que la filosofía por eso fue desterrada de ciertas legislaciones, como sucedió entre los tebanos, los espartanos y los argivos. En su afán de igualar lo nuestro cuando esas gentes, únicamente ávidas de gloria y de elocuencia, tropezaron en nuestros Libros Santos con algo acomodado al espíritu curioso de éstos, adaptáronlo a su propio sistema, aunque sin creer suficientemente que son divinas, interpolándolas, por lo tanto, y no entendiéndolas tampoco lo bastante, siendo todavía entonces nubosas, sombreadas, aun para los mismos judíos, de quienes parecían propiedad. Y cuanto más sencilla era la verdad, más vacilaba la humana sutileza en darle crédito, por donde involucraron con lo incierto lo que hallaron ser cierto. Así, habiendo hallado sencillamente a Dios, no hablaron de El conforme al modo en que le habían descubierto, sino que disputaron de su esencia, de su naturaleza y de su residencia. Unos le aseguran incorpóreo, otros corporal, tales como platónicos y estoicos: éstos le creen compuesto de átomos, aquéllos de números, según se llamen Epicuro o Pitágoras; otros del fuego, cual opina Heráclito. Y los platónicos dicen se preocupa del mundo; los epicúreos, en cambio, le creen ocioso y despreocupado: es un nadie en medio de las cosas humanas, si así puedo expresarme.

Para los estoicos está al margen del mundo, a modo de alfarero, que desde fuera da vuelta a la gigantesca mole; para los platónicos reside dentro del mundo, a modo de gobernalle que está dentro de la nave, a fin de dirigirla.

Y así también varían las opiniones sobre si el mundo mismo tuvo principio o no, si terminará o permanecerá para siempre. La misma variedad respecto al estado del alma, que unos sostienen ser divino y eterno, otros disoluble: según el sentir de cada quien, así se pone o se quita.

Y no es de extrañar que un documento tan antiguo (como el Antiguo Testamento) lo hayan desfigurado los ingenios de los filósofos.

¹⁶⁴. Llamábanse sofistas ciertos filósofos de los promedios del siglo V antes de Jesucristo que hacían profesión de poseer la *sofía*, la ciencia, enseñándola a precio de oro. Estos negaban toda la realidad objetiva. Su mayor enemigo fue Sócrates.

fos. Algunos que salieron de su semilla han falseado con sus opiniones incluso a nuestros Libros recientes (Nuevo Testamento), adaptándolos a sus sistemas filosóficos, y de un solo camino dividido han hecho muchos torcidos y laberínticos senderos. Lo insinúo de paso, temiendo que la variedad hartó conocida de sectas cristianas se preste a equipararnos con los filósofos concluyendo al decaimiento de la verdad. Apresuradamente oponemos a estos corruptores, salidos de nuestros cuadros, nuestro derecho de prescripción, diciéndoles que nuestra regla de fe es la que viene de Cristo, transmitida por sus propios discípulos, a quienes fácil será probar que los tales novadores son posteriores. Todo lo que contra la verdad se ha construido sobre la verdad misma se ha construido, siendo los espíritus del error los causantes de esta emulación. Ellos, en secreto, han fabricado las falsificaciones de esta saludable doctrina; ellos son también los introductores de ciertas fábulas que, por semejanza, debilitasen la fe debida a la verdad o atrajesen a sí mismos esa fe para que no se piense hay que creer a los cristianos, como tampoco es preciso creer a poetas ni filósofos, o bien se piense ha de creerse más a poetas y filósofos, por cuanto no se debe creer a los cristianos.

Y así se ríen de nosotros cuando les predecimos que Dios ha de venir a juzgar, porque, en efecto, poetas y filósofos ponen un tribunal en los infiernos.

Si amenazamos con la Gehenna, lugar encerrado de fuego misterioso y subterráneo destinado al castigo, se burlan también de nosotros; pero también ellos admiten existe en la mansión de los muertos el río Piriflegeton ¹⁶⁵.

Y si mencionamos el paraíso ¹⁶⁶, lugar de divina amenidad destinado a admitir a los espíritus de los santos y separado de la tierra común a los hombres por una especie de muralla formada por la famosa zona de fuego, nos encontramos ya con la creencia en los Campos Elíseos ¹⁶⁷. Os ruego me digáis de dónde filósofos y poetas han sacado cosas tan semejantes. No de otro lugar que de nuestros misterios.

165. Era el río de los infiernos; sus ondas eran fuego y llamas (*pur*, fuego, y *flego*, quemar).

166. *paradeisos* = jardín. Sobre el paraíso escribió un tratado Tertuliano, pero se ha perdido.

167. El Elíseo es un apartado de los infiernos, residencia de las almas de los justos, una especie de limbo.

Luego, si de nuestros misterios las han tomado, como de anteriores más verídicos son éstos y más creíbles, pues a la mera copia se le presta ya tal crédito. Si las han fabricado en su majín, nuestros misterios habían de tomarse como copia de cosas que tras de ellos vinieron, lo que no consiente la naturaleza de las cosas, pues nunca jamás preexistió la sombra al cuerpo o la sombra de la verdad precede a la verdad.

B. RESURRECCION DE LOS CUERPOS Y LA VIDA FUTURA.

1. Pruebas de esta creencia.

(*Cap. XLVIII.*) Adelante ya. Si algún filósofo afirmase, como Laberio ¹⁶⁸ dice, fiado en Pitágoras ¹⁶⁹, que un mulo al morir se convierte en hombre y una mujer en víbora, y si en prueba de dicha teoría esgrimiese todos los argumentos de que la elocuencia es capaz, ¿no movería vuestro asentimiento, clavando en vosotros la fe, de que debierais absteneros de la carne de animales, persuadiéndose con ello de no comprar al acaso en el mercado carne de buey, proveniente quizás de alguno de los abuelos?

Pero es cierto que si un cristiano asegura que el hombre tornará a ser hombre, que Gayo volverá a ser Gayo, al punto mismo se busca una vejiga ¹⁷⁰ (con que sacudirle las narices) y el pueblo le despide no digo a puñetazos, sino a pedradas, cual si la razón misma, cualquiera que sea y que preside, no exigiese la vuelta de las almas humanas a los propios cuerpos, consistiendo en eso el resucitar: “en ser lo que fueron”. Que si no son lo que fueron, o sea, por revestir el alma el mismo cuerpo humano, ya ellas mismas no son las mismas que fueron. Por tanto, si ya no son ellas mismas, ¿cómo se dice que vuelven? O hechas otra cosa no serán las mismas, o permaneciendo ellas mismas no serán de otra procedencia.

168. Laberio (Decimus), caballero romano y autor de “Mimos”, nacido en 107 antes de Jesucristo.

169. Pitágoras enseñaba la ridícula trasmigración de las almas, o sea, la doctrina de la metempsicosis, ahora tan de moda en los centros espiritistas y teosofistas.

170. Era una demostración de burla y de envidia; *vesica* significa también envidia, quizás por la vejiga de la hiel, amarilla y amarga como la envidia.

De mucho humor y ocio habríamos menester si quisiéramos en esto divertirnos examinando en qué clase de animal habría cada cual de convertirse. Pero laboramos más en pro de nuestra defensa sosteniendo ser bastante más razonable creer que un hombre tornará a ser hombre, hombre por hombre y sólo hombre, y, por fin, que un alma, salva su naturaleza, reasumirá la misma condición, ya que no la misma figura.

Seguramente, siendo el motivo de la resurrección el fallo de la sentencia, se precisa que el hombre mismo que fue sea rehecho para recibir de Dios el premio por el bien o el castigo por el mal. Por esa razón serán también restaurados aun los cuerpos, pues ni padecer puede el alma sola sin materia estable, o sea, sin la carne ¹⁷¹, y porque el trato que a las almas se dará en consecuencia de su juicio no ha sido merecido por ellas sin la carne habiéndolo hecho todo en ella.

Pero dirás cómo la materia una vez disuelta puede ser restaurada. Mira, ¡oh hombre!, lo que antes de ser eras ya y hallarás la razón de creer en esto. Recuerda lo que eras antes de existir. Ciertamente no eras nada: te acordarías si algo hubieras sido ¹⁷². Pues tú, que nada eras antes de existir; tú, que nada serás tampoco cuando hayas cesado de existir ¹⁷³, ¿por qué no podrías salir de la nada por la voluntad de aquel mismo Autor que quiso un día sacarte de la nada? ¿Qué novedad habrá en ello para ti? Tú, que no eres, fuiste hecho; cuando de nuevo no seas volverás a ser hecho. Da, si puedes, la razón por la que fuiste hecho, y entonces indagarás la razón por la que serás hecho. Y sin embargo, más fácilmente serás hecho lo que un día fuiste no habiendo sido difícil hacerte lo que antes nunca fuiste.

¿Se dudará quizás del poder de Dios, que de la nada creó todo ese inmenso cuerpo del mundo, no menos que si lo sacase del vacío y de la nada de la muerte; que lo animó del soplo animador de todas las almas, haciendo en esto, para que os sirva de testimonio, un expresivo ejemplo de la resurrección del hombre?

171. Afirmación errónea, que el mismo Tertuliano enmienda en otro lugar. Las almas separadas padecen en el purgatorio y en el infierno, bien que sin la carne: padecen *miris et veris modis*, como enseña el Concilio de Trento.

172. Por donde se ve que Tertuliano no estaba nada contagiado de platonismo, de aquella teoría de la preexistencia de las almas antes de haber informado los cuerpos en pena de alguna culpa, aunque olvidada.

173. Refiérese al cuerpo, no al alma, inmortal como es.

A diario se extingue la luz y torna a brillar y las tinieblas regularmente van y vuelven; reviven los astros difuntos; donde terminaron comienzan los tiempos, consúmense los tiempos y tornan de nuevo; y cierto, las semillas no surgen fecundas sino después de corrompidas y disueltas: todas las cosas se conservan pereciendo, todo renace después de haber muerto ¹⁷⁴.

Y tú, hombre, cuyo nombre es tan grande, si supieras lo que eres, aun cuando sólo lo hubieses aprendido por la inscripción de la Pitia ¹⁷⁵; tú, amo de todo lo que muere y renace, ¿morirás para perecer? En cualquier parte que tu cuerpo se disuelva, cualquiera que sea la materia que lo destruya, que lo trague, que lo sustituya, que lo reduzca a la nada, te lo devolverá. De Aquél es la nada misma de quien es el todo. *Eius est nihilum ipsum, cuius et totum*.

Y ahora decís: “Luego, ¿habrá que estar muriendo siempre y renaciendo siempre?” Si tal hubiera dispuesto el Señor de todas las cosas, te someterías de grado o por fuerza a la ley de tu condición. Mas, de hecho, no otra cosa decidió que lo que predijo. La misma sabia Razón que compuso la universalidad de los seres de la diversidad de los elementos, de manera que en todas las cosas, sin perjuicio de su unidad, se ven combinadas por sustancias contrarias: de vacío y de sólido, de animado y de inanimado, de palpable y de impalpable, de luz y de tinieblas, de la misma vida y de la muerte; esa misma Sabiduría ha trabado en la eternidad dos distintos períodos: este primero, en el que vivimos desde el principio de los seres, fluye y terminará al no tener sino limitada duración; el otro, que aguardamos, se extenderá hasta la infinita eternidad.

Cuando, pues, llegare el término y límite que a entrambos períodos separa; cuando el mundo mismo, igualmente temporal, haya cambiado el aspecto, que, a modo de telón de escenario, vela la eternidad por Dios establecida, entonces será restaurado el género humano, a fin de deliberar lo que en esta vida mereció por el bien o por el mal y ser luego pagado para la perpetuidad inmensa de la eternidad. Y ya entonces no habrá ni más muerte ni más resurrección, sino que sere-mos los mismos que ahora, sin cambiar en adelante: los adoradores de

174. Es lo que ya había dicho San Pablo escribiendo a los corintios.

175. Esta inscripción o título contenía el célebre dicho *gnothi seauton* = concómete a ti mismo, que Sócrates había tomado por divisa.

Dios estarán siempre unidos a Dios, revestidos de la sustancia propia de la inmortalidad; mas los impíos y los no íntegros ante Dios sufrirán como pena un FUEGO IGUALMENTE ETERNO, que posee por su peculiar naturaleza la incorruptibilidad que Dios le suministra.

Los mismos filósofos conocieron la diferencia entre este misterioso fuego y el ordinario. Así, muy distinto es el fuego destinado al uso humano y el fuego que sirve para la ejecución del juicio divino, fuego que tan pronto lanza rayos del cielo como vomita de la tierra por las cimas de los montes, siendo tal que NO CONSUME LO QUE ABRASA, SINO QUE MIENTRAS DESTRUYE REPARA: *non enim absumit quod exurit, sed dum erogat, reparat.*

Por eso las montañas siguen siempre ardiendo y el hombre fulminado por el rayo queda indemne, hasta el punto de no poder ningún otro fuego reducirle a ceniza¹⁷⁶. Lo cual es también un testimonio de aquel fuego eterno, imagen del que mantiene la pena del perenne juicio de Dios. Arden los montes y perduran. ¿Qué será de los malhechores y enemigos de Dios?

2. La creencia de la resurrección es saludable, por cuanto mejora las costumbres. No es absurda, y, como inofensiva, no se la debe perseguir.

(Cap. XLIX.) He aquí las creencias, que sólo refiriéndose a nosotros se llaman “prejuicios” y hallándose en filósofos y poetas se llaman adquisiciones de una ciencia consumada y de un genio superior. ¡Ellos son “sabios”, nosotros “ineptos”! ¡Para ellos los honores; para nosotros las burlas, mucho más aún: el castigo!

Pero pasen como falsas las creencias que defendemos y que merecen ser tratadas como prejuicios. Son, no obstante, necesarias: aunque ineptas, son útiles, siendo cierto que obligan a hacerse mejores a los que las creen por el miedo del eterno suplicio y la esperanza del eterno refrigerio. Por tanto, no conviene tratar de falso e inepto lo que conviene mirar como verdadero. NO HAY TÍTULO ALGUNO POR EL QUE ESTÉ BIEN CONDENAR LO QUE SÓLO PRODUCE BIEN.

176. Es una creencia de la que no se halla rastro alguno en otros autores, como no sea en la apología gemela de Minucio Félix.

En vosotros sí que anida el tal prejuicio, el mismo que condena lo útil. Por lo cual ciertamente cabe que esas creencias sean ineptas; mas aun cuando fuesen falsas e ineptas a nadie perjudican, semejantes a otras muchas creencias contra las que no decretáis castigo alguno con ser vanas y fabulosas, que nadie acusa ni castiga por ser inofensivas.

Y aun tratándose de semejantes errores, si es que vale la pena el condenarlos, preferible es condenarlos al ridículo que no a la espada, al fuego, a la cruz y a las fieras. Es ello una injusta crueldad, de la que no solamente goza este ciego mundo, sino que algunos de los vuestros se glorían, captando con la iniquidad el favor del populacho, cual si todo el poder que sobre nosotros tenéis no dependiera totalmente de nosotros mismos.

Porque, ciertamente, SI SOY CRISTIANO ES PORQUE QUIERO. Luego, tú no me condenarás si yo no quiero ser condenado. Pues si no puedes lo que contra mí puedes sino en cuanto yo lo quiero, lo que puedes de mi voluntad depende y no de tu poder. Por tanto, vanamente goza el vulgo de nuestros tormentos: nuestro es el gozo que para sí reivindicamos, pues preferimos ser condenados que apartarnos de Dios. Al contrario, dolerse debieran los que nos odian, no alegrarse, al conseguir nosotros lo que elegimos.

C. EL MARTIRIO CRISTIANO.

(*Cap. L.*) Decís: “Luego, ¿por qué os quejáis de que os persigamos, si queréis sufrir? Debiérais, por el contrario, amar a aquellos por los cuales padecéis lo que queréis.”

Cierto, queremos sufrir; pero al modo del que sufre la guerra, aunque nadie la quiere. Sin embargo, el guerrear necesariamente impone temores y peligros. Pero, sin embargo, el luchador como el vencedor gozan con la guerra por conquistarles ella gloria y botín, aun cuando se dolían de la guerra. Nuestra guerra consiste en ser llevados ante los tribunales para allí pelear por la verdad con riesgo de nuestra cabeza.

Pues victoria es obtener aquello por lo que se lucha. Esta nuestra victoria tiene la gloria de agradar a Dios y el botín de la vida eterna.

“¡Pero sucumbimos!” Sí, ciertamente; mas después de haber alcanzado lo que pretendíamos. Luego, somos vencedores muriendo y escapamos cuando sucumbimos.

Llamadnos ahora, si os place, “sarmenticios” y “postereros”, pues

nos atáis a postes y nos rodeáis de sarmientos para quemarnos. Esa es nuestra actitud en la victoria, ésa nuestra túnica palmada, ése nuestro carro triunfal.

Natural, por tanto, es que no agrademos a los vencidos, y he ahí por qué se nos conceptúa “desesperados y locos frenéticos”. Mas tal desesperación y tal frenesí ante vosotros es izar la bandera del valor cuando en ello van la gloria y la fama.

Mucio Escévola dejó voluntariamente sobre el altar su mano derecha. ¡Oh qué ánimo tan sublime!

Empédocles se lanzó todo a los incendios del Etna, próximo a Catania (Sicilia). ¡Oh qué vigor de alma!

Cierta fundadora de Cartago (Dido) dio su segundo matrimonio a la hoguera. ¡Oh pregón de castidad!

Régulo, no queriendo ser el único en salvar la vida de un enjambre de enemigos, sufre en todo su cuerpo el suplicio de la cruz. ¡Oh varón victorioso en la misma cautividad!

Anaxarco, al ser apisonado en un pilón de cebada, decía: “¡Golpea, golpea el envoltorio de Anaxarco, porque a Anaxarco mismo no le muelas!” ¡Oh qué magnanimidad la de este filósofo, que bromeaba aun estando ya para expirar!

No mentaré a los que creyeron conquistarse gloria traspasándose con su propia espada o bien con algún otro género de muerte más dulce. He ahí quiénes son los que vosotros coronáis por su constancia en la lucha contra los tormentos.

Cierta ramera de Atenas, después de haber cansado a su verdugo, cortóse la lengua a dentelladas, escupiéndola a la cara misma del cruel tirano ¹⁷⁷ para escupir con ella su voz y no verse expuesta a denunciar a los conjurados aun cuando, vencida por la tortura, hubiera querido hacerlo.

Zenón de Elea (año 448 antes de Jesucristo) ¹⁷⁸, al preguntarle Dionisio qué podía dar de sí la filosofía, contestó: “El desprecio de la muerte”, y, sometido a los azotes del tirano, selló su respuesta con su sangre hasta morir.

177. También un mártir egipcio escupió su propia lengua cortada, con el cuajaron de sangre, sobre la cara de la mujer provocadora que le presentaron teniéndole desnudo y atado a un mullido y perfumado lecho. Pero cambia la especie: al mártir le hace, más que la *pena*, la *causa*: la pena de la prostituta era la misma que la del mártir; la causa, muy distinta.

178. Zenón es el fundador de la *Stoa*, o sea, de la Escuela Estoica, que contó en su seno filósofos tan notables como el cordobés Séneca.

Sabido es que la flagelación entre los lacedemonios, agravada por la presencia y las exhortaciones de los familiares, confiere a la casa tanto mayor lustre por haber sufrido cuanto más sangre vertieron. ¡Oh gloria legítima a fuer de humana!

No se la atribuya ni a furiosa demencia ni a creencia desesperada, no obstante el desprecio del morir y de toda atrocidad. Está permitido padecer en pro de la patria, en pro del territorio, en pro del imperio, en pro de la amistad. ¡UNICAMENTE NO ES LÍCITO PADECER POR DIOS!

Y sin embargo, ¡a todos estos les fundís estatuas de bronce, les grabáis retratos, les insculpís inscripciones para eterna memoria! Dais vosotros mismos a esos muertos una especie de resurrección, naturalmente, en cuanto tales monumentos consienten hacerlo, ¡y el que de Dios espera la verdadera resurrección, si sufre por Dios, es un insensato!

DESAFIO FINAL

¡Ea! Seguid, buenos presidentes, que os hacéis mejores ante el pueblo si le inmoláis cristianos. ATORMENTADNOS, TORTURADNOS, CONDENADNOS, TRITURADNOS. Probación de la inocencia nuestra es la injusticia vuestra. Por eso sufre Dios el que suframos nosotros. Porque aun no ha mucho, al condenar a cierta cristiana al lupanar (*lenonem*) más bien que al león (*leonem*), habéis reconocido que una mácula en el pudor se reputa entre nosotros más atroz pena que todas las penas y que todas las muertes.

Pero de nada sirven cualesquiera de vuestras más refinadas crueldades; antes son un estímulo para nuestra “secta”.

NOS HACEMOS MÁS NUMEROSOS CADA VEZ QUE NOS COSECHÁIS: SEMILLA ES LA SANGRE DE CRISTIANOS: *semen est sanguis christianorum*.

Muchos entre vosotros exhortan a sufrir el dolor y la muerte, como Cicerón en sus “Tusculanas”, Séneca en sus “Fortuitas”, Diógenes, Pirro, Galínico. Mas con sus palabras no hallan ellos tantos discípulos como con sus obras los cristianos.

Esa misma “obstinación” que en nosotros reprendéis es una lección magistral. Porque, ¿quién al contemplarlo no se siente impelido a examinar qué hay en el fondo de tal fenómeno? ¿Quién tras de examinar el caso no se acercó a nosotros y, después de acercarse, no aspiró a padecer a trueque de comprar la plenitud de la gracia divina, a fin de alcanzar el perdón total mediante el precio de su sangre?

Porque no hay culpa que con el martirio no se perdone, razón por la cual os damos al punto gracias por vuestras sentencias. Tal contradicción media entre las cosas divinas y las humanas:

CUANDO NOS CONDENÁIS VOSOTROS, DIOS NOS ABSUELVE.

INDICE ANALITICO

DIVISION GENERAL

Refutación de las acusaciones contra:

1. La vida *privada* de los cristianos (*in occulto*).
2. La vida *pública* de los cristianos (*palam*).

Los cristianos no son:

- a) *Scelesti* (crímenes secretos). Caps. 7-8.
- b) *Vani* (crimen de sacrilegio). Caps. 9-28.
- c) *Damnandi* (crimen de lesa majestad, de lesa Imperio, de lesa sociedad). Caps. 29-45.
- d) *Invidendi* (moral y creencias cristianas). Caps. 46-50.

INTRODUCCION

PREFACIO. Toma la pluma porque no se permite hablar en público a los cristianos en propia defensa (Cap. 1). Muestra después la injusticia del trato dado a los cristianos ante el tribunal del gobernador.

1. Es injusto condenar una causa antes de instruir la y odiar lo que se ignora o se afecta ignorar (Cap. 1).
2. Es injusto al par que absurdo perseguir el mero nombre de "cristiano" sin decir ni cerciorarse de lo que tal nombre pueda tener de criminal (Caps. 2-3).

ADVERTENCIA

Previene contra una objeción (Cap. 3).

Se opone contra los cristianos la autoridad de la ley, que dice: "Non licet esse vos" (Cap. 3).

Si existe una ley injusta es preciso abrogarla en obsequio de las mismas leyes. Ya los romanos han suprimido leyes por hallarlas injustas (Cap. 4).

La legislación contra los cristianos es inicua y aun absurda.

La prueba de que son absurdas es que jamás han sido llevadas a la práctica sino por emperadores malos (Cap. 5), además de que los romanos han renunciado a no pocas de sus instituciones (Cap. 6).

PRIMERA PARTE

CRIMENES SECRETOS IMPUTADOS A LOS CRISTIANOS

Se les acusa de:

1. *Infanticida*.
2. *Incesta* en sus convites.

REFUTACIÓN GENERAL (Cap. 7). Se dice esto, mas sin probarlo. Aunque rodeados de enemigos, los cristianos jamás han sido sorprendidos en flagrante delito. Es una simple habladuría.

REFUTACIÓN GENERAL.

1. Esas monstruosas acusaciones son inverosímiles: apela a la naturaleza.
2. Retuerce la acusación: quienes cometen el infanticidio y el incesto son los paganos (Cap. 9). Los cristianos se abstienen de esto por su vida pura.

SEGUNDA PARTE

DOS ACTOS IMPUTADOS A LOS CRISTIANOS.

1. No adoráis a los dioses (*sacrilegi rei*).
2. No ofrecéis sacrificios por los emperadores (*majestatis rei*).

I. EL SACRILEGIO (Caps. 10-28)

A. *Deos non colitis*. No cometemos sacrilegio no adorando a vuestros dioses, por cuanto no son dioses (Cap. 10). Vuestros dioses son hombres divinizados (Cap. 10).

a) Lo prueba *históricamente* refiriéndose a Saturno, el más viejo de los dioses (Cap. 10).

b) Argumentación *lógica*:

1. ¿Quién les habría hecho dioses? Un dios supremo, sin duda (Cap. 11). Pero ese Dios supremo no tenía por qué rodearse de dioses inferiores:

1. Pues antes que ellos gobernaba ya el universo (Cap. 11).
2. Nada han inventado útil a los hombres (Cap. 11).

3. No han merecido por su vida llegar a ser dioses, sino castigados por sus crímenes (Cap. 10-14).

4. Muchos hombres hay que lo hubieran merecido mejor que ellos (Cap. 11).

2. Cómo se fabrican las estatuas de los dioses: no son dioses, por lo que tampoco pueden ser ofendidos (Cap. 12).

3. Cómo tratan los mismos paganos a los dioses (Caps. 13 y 14).

4. Cómo poetas y filósofos han tratado a los dioses (Cap. 14).

5. Los dioses salen mal parados del teatro y del anfiteatro (Cap. 15).

B. CULTO DE LOS CRISTIANOS.

a) *Lo que no es.* Los cristianos no adoran una cabeza de asno (Cap. 16), ni una cruz, ni al sol, ni a un dios híbrido.

b) *Lo que es.*

1. El Dios único (Cap. 17) revelado por las Escrituras (Cap. 18), que son más antiguas que todos los libros paganos (Cap. 19) y cuya autoridad queda además establecida por las profecías ya cumplidas (Cap. 20).

2. Naturaleza, nacimiento, vida y milagros, Pasión, Resurrección y Ascensión de Cristo. Misión de los apóstoles (Cap. 21).

3. Demonología. Existencia y operaciones de los demonios. Identidad de los dioses y de los demonios (Caps. 22-23).

C. LIBERTAD RELIGIOSA (Cap. 24).

1. Como los dioses paganos nos son dioses, los cristianos no se hacen culpables de sacrilegio rehusando adorarlos, sino que los paganos son culpables de impiedad cuando rehusan adorar al verdadero Dios.

2. Aun cuando Dios tuviera a su servicio dioses interiores, aun entonces los supremos honores corresponderían al Dios supremo.

3. Pero déjese a cada cual adorar a quien quiera: suprimir la libertad religiosa es el verdadero crimen de irreligión.

4. Esa libertad a todos se concede menos a los cristianos, a quienes se les niega el *derecho común*.

D. EL ARGUMENTO POLÍTICO. No son los dioses quienes han promovido la grandeza de Roma (Caps. 25-26).

No son los dioses forasteros (Cap. 25) ni los dioses romanos los que dan el Imperio. ¿De quién lo habrían ellos mismos recibido?

(Cap. 25). Han llegado después del apogeo del poderío romano (Cap. 25). Finalmente, los romanos no se han hecho grandes por su piedad con los dioses, sino por su impiedad (Cap. 25).

¿Quién, pues, ha dado el poder sucesivamente a todos los pueblos, finalmente a los romanos? El único verdadero Dios, de quien provienen todos los imperios (Cap. 26).

Conclusión general de los capítulos 10-26: Puesto que los dioses no existen, los cristianos no se hacen culpables de sacrilegio rehusándoles honores que no van sino a los demonios (Cap. 27).

E. REFUTACIÓN DE UNA OBJECCIÓN. “Sacrificad a los dioses para salvaros y pensad luego como queráis” (Caps. 27-18).

a) Eso sería una traición a nuestra fe, y es lo que el demonio quiere. Morir por nuestra fe es el triunfo más hermoso que podamos ganar contra el espíritu del mal (Cap. 27).

b) La religión es asunto de buena voluntad y no admite violencia. Nueva reivindicación de la libertad de conciencia (Cap. 28).

II. LESA MAJESTAD (Caps. 28-45)

Este crimen es mayor para los romanos que el mismo sacrilegio: para ellos la majestad imperial es más augusta que la de los dioses porque es más temible (Cap. 28).

A. ACTITUD DE LOS CRISTIANOS RESPECTO AL EMPERADOR.

1. Los dioses nada pueden en pro del emperador, y no se le falta no sacrificando por él a dioses impotentes (Cap. 29).

2. Los cristianos invocan a favor del emperador al Dios verdadero, que es todopoderoso (Cap. 30): las Escrituras se lo imponen como un deber (Cap. 31).

3. Los cristianos no pueden jurar por el *genio* del emperador porque el *genio* es un demonio, pero pueden jurar por la salud del emperador (Cap. 32).

4. Los cristianos no pueden ver en el emperador un dios, pero le conceden el primer puesto después de Dios y respetan en él al soberano escogido por Dios (Cap. 33).

5. Los cristianos no pueden llamar al emperador ni “Señor” ni “Maestro” ni “Dios”, nombres que pertenecen privativamente a Dios (Cap. 34).

B. LOS CRISTIANOS ANTE EL ESTADO.

1. No puede acusarse a los cristianos de ser “enemigos del Estado” por no asistir a las fiestas imperiales (Cap. 35).

a) Tales fiestas son ocasión de escándalo.

b) Para muchos son una ceremonia hipócrita, porque en medio del entusiasmo popular desean y conspiran contra el emperador.

2. Los cristianos quieren el bien del emperador como el de todos los hombres: es su deber (Cap. 36).

3. A pesar de ser numerosos, los cristianos no piensan en vengarse de las persecuciones que sufren (Cap. 37), aunque fácil les sería vengarse amotinándose o huyendo, lo que sería desastroso para el Imperio.

4. Los cristianos no perturban al Estado porque no aspiran a los honores (Cap. 38). Si se abstienen de los espectáculos es porque forman parte del culto pagano; déjeseles libertad de divertirse a su gusto.

5. La comunidad cristiana es inofensiva (Cap. 39). Admirable cuadro de la vida que llevan.

6. Los cristianos no son causa de las calamidades *públicas* (Cap. 40). Son más bien los paganos quienes las provocan despreciando al verdadero Dios. ¿Por qué razón esas calamidades azotan a cristianos como a paganos? (Cap. 41).

7. Los cristianos no son *miembros inútiles* de la sociedad.

a) Océpanse de los negocios humanos en cuanto no contrarían a la religión y a la moral (Cap. 42).

b) No son inútiles sino para quienes trafican con el crimen y la infamia (Cap. 43).

c) No hay cristianos en las prisiones (Cap. 44).

d) Los cristianos son los únicos que se abstienen del mal. ¿Por qué? (Cap. 45).

CONCLUSIÓN. “Ergo nos soli innocentes”. Los llamados “enemigos públicos” son en realidad los mejores ciudadanos, los súbditos más fieles del emperador.

III. LAS CREENCIAS DE LOS CRISTIANOS (Caps. 45-50)

Transición. Después de exponer y defender *totum statum nostrum* en la parte dogmática fundida en la tesis jurídica, Tertuliano ha queri-

do demostrar cómo el cristianismo es también *veritas nostra*, la verdad (Cap. 46. 2).

En esta tercera parte hace ciertos esclarecimientos sobre:

A. EL CRISTIANISMO Y LA FILOSOFÍA (Caps. 46-47).

1. El cristianismo no es una de tantas filosofías: es un asunto divino (Cap. 46).

La doctrina de los cristianos y la de los filósofos:

a) Se trata a los filósofos de otro modo que a los cristianos. ¿Por qué? (Cap. 46).

b) Sólo los cristianos, y aun los más modestos entre ellos, conocen la verdad completa. Ejemplos (Cap. 46).

c) Paralelo moral (Cap. 46).

d) Respuesta a una objeción (Cap. 46).

2. Las verdades conocidas de los filósofos y de los poetas se han tomado de la Escritura, a ellos anterior, y que frecuentemente han desfigurado (Cap. 47).

Los herejes han desfigurado asimismo el Antiguo Testamento, mezclando a la verdad las teorías de los filósofos (Cap. 47).

Los demonios han inspirado a poetas y a filósofos fábulas semejantes a los dogmas cristianos para impedir se crea en ellos. Ejemplos (Cap. 47).

B. LA RESURRECCIÓN DE LOS CUERPOS Y LA VIDA FUTURA.

Pruebas de esta creencia (Cap. 48).

Es *saludable* porque vuelve mejores a los hombres y, por tanto, no es *absurda*. En todo caso es *inofensiva*, resultando injusto el perseguirla (Cap. 49).

C. EL MARTIRIO CRISTIANO (Cap. 50).

El martirio es la victoria, porque conduce al término final (Cap. 50).

Heroísmo de los mártires cristianos: mueren por Dios, como tantos héroes paganos han muerto por la patria; de ahí su valor y no de la desesperación o del fanatismo (Cap. 50).

Doble efecto del martirio:

a) Produce conversiones (Cap. 50).

b) Merece al cristiano el perdón y la gracia de Dios, razón por la cual los mártires dan gracias a los jueces (Cap. 50).